

A CARLOS QUINTO EN

## Y U S T E

Todo lo hubiste y lo pudiste un día.  
Jinete a lomos de la Europa entera,  
nada se opuso a tu triunfal carrera  
en tu quehacer de imperio y monarquía.  
Francia, Milán, América, Turquía,  
Italia y Túnez arrogante y fiera;  
y en Roma una tiara prisionera,  
y una caza magnífica en Pavía.  
Todo lo hubiste. En incesante guerra,  
los poderes del Cielo y de la Tierra  
rendidos fueron a tu invicta espada.  
¡Y este rincón, al fin de tu existencia  
donde sufrir la dura penitencia  
de haberlo sido todo... y no ser nada!

VICENTE NERIA

## Los Guerreros de Musgo

CUENTO HISTÓRICO

**S**EGUIDO de dos perrazos —aquí «Solimán», quieto «Rondador»— cabalga por la serranía Pelay Fernáudez, caballero de leyenda, hidalgo de pró, capitán de esta popular tradición. Su perfil es aquilino y su mirada de halcón, su corazón muy noble y su valor muy probado. Sobre el casco de hierro quiebran los feroces rayos de junio, en su cota de mallas jamás penetró la espada enemiga, los guantes de acero claro bien aprietan el lanzón. Las espuelas son de plata y con ellas aguija a su caballo «Lucero» que poco necesita para partir raudo por entre breñas y castaños en flor. Lleva el pelo revuelto y la barba descuidada, el vestido polvoriento y tres flechas en su alma.

La una por la traición de un villano y felón que enseñó a los moros la puerta desguarnecida para entrar por allí en Béjar sin gran peligro, de noche y sin pelea, mientras los defensores estaban en sus lechos, sin poder luchar de una manera organizada. Puede dar gracias a Dios que recibió pronto aviso por boca de las campanas y que saltó las murallas cuando ya la morisma invadía su propia casa.

La otra es por su hermano don Alfonso, el de los ojos muy negros, el pelo ensortijado y la color morena. El garzón de quince años, quince combates, quince galgos y quince heridas al arrojarle peleando entre un bosque de lanzas, partiendo muchos turbantes del Islam, para caer desfallecido junto a la Puerta de San Pedro, aquella noche nefasta.

Otra herida sufre por la suerte que haya podido correr Inés María, su amada, hija de don Diego López, señor de Montemayor, el del granítico castillo y antiguas ejecutorias. En fiestas la conoció, el día de Santiago. Era buena y era bella, fina nariz y grácil talle, suave perfil y ojos de líquido terciopelo verde. Nada le pudo decir. Era su amor muy sincero y por ello muy callado y así pasó mucho tiempo sin haberle jamás de su pasión.

Ahora camina hacia Montemayor. Desde lo alto ve el valle. Corre el río anchuroso entre fresnos y álamos claros. Llega y el castillo está mudo, como mudo él ha estado tanto tiempo ante la hermosa Inés María. Todos los castellanos han perecido en manos de los sarracenos y tras ellos han llevado cautivas a las mujeres hacia Béjar, según le dice Flora, la vieja hechicera del Puerto.

Hacia lo más intrincado del monte retorna con «Lucero». Todos los bejaranos andan dispersos entre breñas y covachas. Es preciso reagruparlos, reconquistar la querida ciudad y salvar a Inés María.

Ya llega a Peña Negra, el balcón de la comarca. Alrededor divisa los verdes castaños y la nieve del Calvitero. Y más lejos, la hondona-